

Reflexiones sobre la distribución de la riqueza

Advertencia

El presente ensayo consiste en unas cuantas ideas articuladas acerca de la economía -entendida como la producción y distribución de los bienes- a nivel mundial.

Debido a mi escasa formación en ciencias sociales es esperable que cometa errores de todo tipo. Sin embargo, tengo la esperanza de que, aún en mi ingenuidad, los lectores podrán encontrar algunas observaciones de interés o bien relaciones novedosas entre hechos conocidos.

Sobre todo me propongo llamar la atención a aquéllos que ya nunca plantean el tema de la pobreza como central ni piensan de qué maneras se puede llegar a resolver; tal vez por creer que “siempre hubo pobres y siempre los habrá”.

Liberalismo

Este último tiempo he estado notando que en la mayoría de los espacios de los medios masivos de comunicación dedicados a discutir acerca de economía se suele relegar a un segundo plano el problema de la distribución de la riqueza, concentrándose casi siempre en algunos problemas particulares (y de actualidad) más bien relacionados con el crecimiento o con la estabilidad a corto plazo. Muchos acaso consideran que es preciso hacer crecer la economía y de esta forma la pobreza se erradicará automáticamente, es decir, mediante procesos económicos espontáneos.

Sin embargo, algunas realidades constantemente nos hacen desconfiar de ese plan general. Para empezar, me refiero a la inmensa brecha entre una minoría de ricos e inimaginables masas de pobres. De esta forma me surge la siguiente pregunta: en América Latina (por poner un ejemplo), ¿la economía no es ya lo suficientemente grande como para alimentar a todos sus habitantes? Por lo pronto, queda claro que los principales esfuerzos no están puestos en esa dirección, ya que las urgencias no se ven reflejadas en el mercado como una fuente de ganancia para los inversores. Es por esto que se emplea enormes cantidades de recursos en actividades que no deberían tener tales prioridades (pensar en el *boom* de la telefonía celular, en el uso que se le da a los espacios de publicidad y también en la fabricación de armas como negocio). Por otra parte, no hay duda de que los recursos disponibles alcanzan para realizar esa y otras misiones indispensables para que la humanidad viva en paz. El problema es organizativo: cómo orientar esos recursos.

Hoy en día no tiene ningún sentido pretender que la ley de oferta y demanda asigna correctamente los precios a las cosas. Desde un costado teórico no hay razón para que la suma de las decisiones egoístas (o sea que sólo buscan maximizar los beneficios propios) de los agentes económicos arroje el resultado óptimo para la sociedad. Por otra parte, bastan dos ejemplos sencillos para convencerse: 1. en algunos cines una bolsa de pochoclo puede costar seis pesos, mientras que el costo de producción probablemente no supere los veinte centavos. Vemos que el mercado, lejos de formar los precios, los deforma. 2. Es usual que en el campo se queme partes de cosechas para que suba el precio y el productor obtenga más ganancia. Si sostenemos que las curvas de oferta y demanda son un motor adecuado de la economía estamos sosteniendo que está bien quemar alimentos.

En este punto vale la pena hacer una digresión para no pecar de unilateral. No ignoro la evolución positiva que puede tener un sistema económico que se rija según el libre mercado. Es sabido que puede darse una regulación automática que lleva a cierta estabilidad. Lo que afirmo es que esa estabilidad no es necesariamente la mejor. Ciertamente, la ventaja indiscutida que posee el *laissez faire* es que resulta fácil de aplicar, pero sería utópico pretender que además es la mejor posibilidad.

Un aspecto macabro del liberalismo es el de concebir la fuerza de trabajo como un bien más cuyo precio fija el mercado¹. La consecuencia inevitable es la explotación del trabajador mediante la extracción de plusvalía.

Explicación casera del concepto de plusvalía:

En la forma de producción capitalista los dueños de los medios de producción (empresarios) remuneran a los trabajadores con un sueldo que resulta ser una pequeña fracción del valor de lo que producen. A esta diferencia entre la producción y la paga se la denomina plusvalía.

La plusvalía está sujeta a las mareas del mercado, puesto que la fuerza de trabajo funciona como una mercadería más.

Un ejemplo: si hay desempleo, la oferta de fuerza de trabajo es alta, los sueldos serán bajos y por consiguiente la plusvalía será alta. En tal situación las posibilidades de ascenso social para la clase baja son muy limitadas o nulas, ya que el grueso de los salarios apenas alcanza para la supervivencia. Mientras tanto, los empresarios se ven favorecidos pues consiguen mano de obra barata. De esta forma, se ve con claridad como la pobreza puede ser un negocio para algunos.

Seguramente, para la mayoría de los lectores estas cosas son bien conocidas. De hecho son observaciones que poseen más de siglo y medio de antigüedad. Sin embargo, siento la necesidad de repetirlas, dado que la mayoría de los teóricos (visibles) pareciera decidir ignorarlas como si se trataran de una piedra en el zapato (izquierdo). Además, no es casualidad que estas ideas sigan permaneciendo escondidas para el grueso de la población; nunca vi en la televisión a una persona explicando qué es la plusvalía. Los poderosos prefieren no cuestionar los cimientos sobre los que se erige su poder y hacer de cuenta que las cosas no pueden ser de otra forma.

Alternativas

Es posible que algunos lectores consideren que si la economía no está libremente regida entonces necesariamente estará controlada por un estado centralizado y omnipotente. Podrán pensar que si estoy en contra del “libre mercado” es que estoy en contra de la libertad. Muy por el contrario, mi intención es la de vislumbrar un mundo en el que los seres humanos sean plenamente libres.

Esta dualidad (estado fuerte - *laissez faire*) halla su justificación en algunas experiencias que ha tenido la humanidad. Sin embargo, es preciso comprender que no se trata de una moneda, que no hay solamente dos caras.

¹ Siempre me llamó la atención cómo un trabajo que resulta ser desagradable para la mayoría de la gente, ya sea por ser monótono, impersonal, alienante, insalubre, etc., además suele ser peor retribuido que otros más agradables. Pero lo que más llama la atención es descubrir que para la mayoría de la gente así es como debe ser.

Es posible describir en líneas generales el funcionamiento de una sociedad más justa (jamás perfecta) que se base en la cooperación entre sus integrantes en lugar de la competencia, como sucede en la actualidad. No lo haremos aquí porque se torna extenso explicar como se encararían los puntos usualmente cuestionados. Sin embargo mucha gente es capaz de concebir tal cosa, por ejemplo Ursula K. Le Guin en su obra “*The Dispossessed*” (Los Desposeídos). Recomiendo buscar alguna reseña en Internet acerca de la vida en “*Anarres*”. Hay ideas importantes que no están demasiado divulgadas en el inconsciente colectivo acerca de cómo organizar una sociedad en la que el bienestar socioeconómico de todos los habitantes sea el punto de partida. Estas ideas nada tienen que ver con el estado fuerte y centralizado que muchos se imaginan. Por el contrario se trata de la distribución horizontal del poder y la administración.

“A child free from the guilt of ownership and the burden of economic competition will grow up with the will to do what needs doing and the capacity for joy in doing it. It is useless work that darkens the heart. The delight of the nursing mother, of the scholar, of the successful hunter, of the good cook, of the skilful maker, of anyone doing needed work and doing it well, — this durable joy is perhaps the deepest source — of human affection and of sociality as a whole.”

Ursula K. Le Guin, “*The Dispossessed*”

Un niño libre de la culpa de la propiedad y el peso de la competencia económica crecerá con el deseo de hacer lo que necesita hacer, y con la capacidad de disfrutar lo que hace. Es el trabajo inútil lo que enturbia el corazón. El deleite de la madre que amamanta, del estudioso, del cazador afortunado, del buen cocinero, del artesano hábil, de cualquiera que hace un trabajo necesario y lo hace bien, esta alegría perdurable es tal vez la fuente más profunda de la afectividad humana y de la vida en sociedad.

Competencia contra cooperación

¿Quién puede afirmar actualmente que la economía debe basarse en la competencia, sin sentir en alguna parte del cuerpo que está equivocado?

Existe una dialéctica muy interesante entre el egoísmo y el altruismo². A pesar de ser en un principio antónimos, es muy fácil encontrar ejemplos en la vida cotidiana de la síntesis³ entre estos dos opuestos. Por poner un ejemplo sencillo: un colectivero en su trabajo es altruista en tanto que transporta a otras personas, y al mismo tiempo es egoísta en tanto que lo hace para obtener dinero. Lo cierto es que la sociedad funciona con mucho más que la simple competencia. Frecuentemente perdemos conciencia de los

² Me disculpo por usar una acepción quizás errónea para “altruismo”, que según la Real Academia Española significa “Diligencia en procurar el bien ajeno aun a costa del propio”. En la aquí utilizada se deja de lado que sea “aún a costa del propio”. Usaré “solidaridad” y “altruismo” como sinónimos.

³ En realidad Hegel la llama “superación”. La palabra “síntesis” viene de una versión deformada de la dialéctica. Lo mismo que con “opuestos” que para Hegel eran “contrapuestos”.

lazos que nos hacen preocuparnos por los demás. Si una persona se desmaya en la calle, es muy probable que la gente que se halla alrededor se alarme y llame a una ambulancia. Es en este tipo de actitudes sociales donde veo que el egoísmo y el altruismo han logrado unirse en gran medida. Si bien se nos enseña a “dar sin esperar nada a cambio” en última instancia todos nos beneficiamos con la solidaridad de todos (sin la necesidad de tener esto presente en el momento de llamar a una ambulancia).

Este simple análisis en el nivel de las relaciones interpersonales –que seguro merece mayor profundidad- no parece provocar discordia alguna. Si nos trasladamos ahora al marco de una mayor escala, la de los agentes económicos -la *empresa* por excelencia- es aquí donde la competencia (egoísmo) aún resulta preponderante. En este punto debería resultar obvio cómo sigue el razonamiento. La cooperación –una vez instalada- resulta mucho más eficiente que la competencia. Esto es observable en varios ámbitos. Por ejemplo, y sin ir más lejos, en el funcionamiento dentro de una misma empresa. Las vertientes modernas de la organización empresarial apuntan cada vez más a conseguir un entorno laboral sano, en el que reine la confianza, como forma de aumentar la productividad, en reemplazo de la antigua creencia de que es la competencia la que debe estimular. Innegablemente, la competencia puede funcionar como estimulante pero no es el que queremos (en lo personal) por ser una fuente de mezquindad y trastornos, y en última instancia no resulta beneficioso ni siquiera para la empresa.

Pasemos ahora sí a la escala superior. El argumento en favor de la competencia puede resumirse como sigue: si hay un solo productor de shampoo (monopolio) entonces éste podrá abusar con el precio y hacer un producto mediocre sin perder ventas, mientras que al haber competencia los productores se ven obligados a garantizar calidad y buenos precios. El argumento puede ser válido en algunos contextos, pero no es universalmente válido. Subyace la premisa de que el fabricante sólo repara en sus beneficios personales y no tiene ningún interés en hacer un buen shampoo, ni le preocupa que el precio sea justo, premisa muchas veces falsa, y en un potencial futuro siempre falsa. El precio debe estar fijado por el costo total de producción (incluyendo todo el proceso hasta llegar a las manos del consumidor) sin dar lugar a especulaciones ni a enriquecimiento gracias al trabajo de otros. Por otra parte, aquel análisis simplista no contempla la posibilidad de cooperación. Por ejemplo, las empresas podrían intercambiar las diversas estrategias desarrolladas para el proceso productivo viéndose todas favorecidas. También podrían evitar malgastar dinero en publicidad.⁴ Claro que esto tiene más sentido dentro de un sistema diferente, no hay que pensarlo como aplicable aquí y ahora. No obstante es importante ir incorporando, en la medida de lo posible, políticas tendientes a cooperar. Éste es un ángulo desde el cuál podemos imaginar el cambio hacia una sociedad más justa. Esta transición es similar al pasaje de la unicelularidad a la pluricelularidad en los seres vivos, tema que algunos biólogos se esfuerzan en comprender cada vez mejor.

⁴ La publicidad no genera ninguna riqueza, sólo desplaza la demanda artificialmente. Dado que el único objetivo suele ser el de vender un producto determinado, no es raro que abunden recursos desagradables, entre ellos la mentira. Sólo ocasionalmente encontramos verdadera creatividad, que por cierto, sería mejor volcarla en otras actividades más artísticas.

A pesar de estas observaciones, la publicidad es actualmente una actividad fundamental de la economía. Sin ir más lejos, sustenta varios medios de comunicación masivos. Por lo dicho en el párrafo anterior, según mi entender en una sociedad justa la publicidad no tendría prácticamente importancia alguna. Esta gran discrepancia justifica que el tema tenga un lugar destacado en la discusión que estamos abordando. Es indispensable ahondar en estos temas, incluso considerar el caso particular de la propaganda de los políticos, al que se adaptan en principio los mismos argumentos.

Un ejemplo más

Hay mucho para decir acerca del cuidado del medio ambiente, pero seré breve, y lo abordaré desde un punto de vista acorde a lo dicho anteriormente.

Corrientemente, las empresas no tienen en cuenta el impacto ambiental de las actividades industriales que llevan a cabo, a la hora de decidir su implementación. Solamente consideran los réditos contra los costos. Por tanto, en numerosas ocasiones el daño que producen supera a las ganancias. Claro que ese daño en principio lo sufren otras personas y no los dueños de la empresa.

Tal cosa ha sucedido en New Orleans cuando pasó el huracán Katrina en el año 2005. El panorama era bien conocido hacía ya mucho tiempo. Se sabía de la debilidad de los diques, y algunos expertos aseguraban que una catástrofe sucedería tarde o temprano. A pesar de todo no se tomaron las medidas necesarias para evitarla, y no es casualidad que la zona afectada fuera la de barrios pobres, en los que vivían negros y latinos. La evacuación resultó lentísima. Los recursos del país no fueron plenamente utilizados al servicio de la población, como debería ser, pues no existe rédito alguno al salvar pobres. Por otro lado, no se podía esperar demasiado por parte del gobierno, cuyas tropas en ese momento estaban dedicadas a invadir Irak.

Volviendo a la generalidad del asunto, contaré una propuesta muy interesante que leí hace un tiempo. Se trata simplemente de que los estados obliguen a pagar a las empresas las pérdidas provocadas. De esta manera se lograría detener gran cantidad de daños. Si bien esta medida es intervencionista apunta a funcionar dentro de un modelo liberal, en el que la empresa elegirá de acuerdo a sus propios intereses. Más allá de esto, es fácil reconocer en aquélla una tendencia a considerar a la humanidad en su totalidad; y a las ganancias y pérdidas en términos de alguna manera absolutos, es decir “ganancias y pérdidas para la sociedad”. Es por esta razón que me parece una buena propuesta.

Nacionalismos

“Si ellos son la patria yo soy extranjero” (Charly García)

Si bien cada estado funciona en muchos aspectos como una unidad -por ejemplo en cuanto a lo económico y administrativo- a la hora de preocuparse por el prójimo no tiene sentido reparar en las arbitrarias curvas que dividen los países. Asimismo, resultan desagradables las afirmaciones de desprecio hacia la gente de una determinada nación, tanto como las pretensiones de superioridad de una nación sobre las demás.

Naturalmente, debemos tener presentes los desequilibrios de poder que existen a nivel mundial, y comprender los acosos que hemos sufrido -históricamente y hasta hoy- por parte de fuerzas provenientes de las grandes potencias. Aún en este punto una postura mucho más interesante que el nacionalismo es la de la unión latinoamericana. Todo aquél que haya estudiado algo de historia sabrá que los paralelismos entre los países de América Latina son incontables, y que la situación de dependencia económica de los países centrales -especialmente Estados Unidos- durante el siglo XX, ha sido similar en todos los casos, por no decir idéntica. Resulta indudable que unir fuerzas es la mejor forma de combatir el problema del imperialismo.

La cooperación dentro de cada bloque regional parece ser una transición razonable para alcanzar la cooperación global.